Materiales preliminares para una teoría de Devi Sridhar

por Sinéad Murphy, 27 de enero, 2021

Después de salir en *Newsnight* el viernes 22 de enero, Devi Sridhar, profesora de Salud Pública Global en la Universidad de Edimburgo, tuiteó lo siguiente:

> "Siento como si me volviera impopular por mirar 6-12 meses hacia el futuro y esbozar cómo podrían evolucionar las cosas (del mejor al peor de los casos) para que podamos trabajar hacia el mejor de los casos. Esto es salud pública. Intentamos evitar crisis futuras anticipándonos y previniéndolas. No es lo más divertido de las fiestas que yo conozca."

Durante el año pasado, quienes nos oponemos a los encierros del Gobierno nos hemos hecho esta pregunta repetidas veces: ¿Qué es lo que ha desarmado a las poblaciones de sociedades aparentemente democráticas para que hayan aceptado tan calladamente la suspensión de sus libertades?

El tuit de Devi Sridhar, por banal que sea, contiene todas las pistas para responder a esta pregunta.

A medida que transcurría, 2020 pareció imponer una repentina revocación de las libertades establecidas. Pero la silenciosa erosión de esas libertades, de hecho, se venía observando desde hace mucho tiempo.

En 1999, por ejemplo, la revista francesa *Tiqqun* publicó un breve texto titulado *Materiales Preliminares para una Teoría de la Chica-Joven*, que esbozaba un perfil del ciudadano emergente de las sociedades democráticas occidentales, que participa voluntariamente en y perpetúa su propia opresión a manos de la gobernanza empresarial mundial, consintiendo activamente en "la difusión molecular de las limitaciones en la vida cotidiana" y el "inmuno-desarme de los cuerpos".

El texto de *Tiqqun* resumía a este ciudadano complaciente como la "Chica-Joven". Este término ha sido cuestionado por su supuesta misoginia. Pero se aplica tanto a los hombres como a las mujeres, y tanto a los ancianos como a los jóvenes, y sólo busca captar las características definitorias que hacen que las poblaciones de las democracias del siglo XXI estén tan a punto para el control.

Estas características son: infantilización, abundancia de emoción y relativización. La Chica-Joven, como ciudadano modelo de las democracias modernas, es infantil, sentimental y está claramente dispuesto a renunciar a valores hasta ahora absolutos.

El tuit de Devi Sridhar es un ejemplo perfecto de Chica-Jovencismo. Vale la pena tomarse el tiempo para mirarlo bien.

El tuit comienza con un "Siento como si..."

Si hay una expresión que, más que cualquier otra, ha colonizado nuestras maneras de hablar, es ésta: “Siento como si...” Mayormente, reemplaza a lo que ahora es una construcción obsoleta: “Creo que...” Las formulaciones aún más antiguas – “Sé que...” o “El caso es que...” – han desaparecido ya, en gran medida.

Cualquiera que trabaje en la enseñanza habrá notado probablemente este desarrollo, que reemplaza la declaración objetiva con el sentimiento subjetivo. En los últimos años, he desafiado a los estudiantes a contribuir a las discusiones en clase sin el prefacio, “Siento como si…”, y me ha sorprendido lo difícil que les ha resultado. Parecen experimentar cualquier contribución que *no* tenga esta suave introducción como agresiva e injustificada.

Pero la formulación “Siento como si…”, a pesar de su aparente inocuidad, sirve para socavar el rigor en la interpretación y el compromiso en la discusión. Es fácil retractarse de una opinión expresada con la frase “Siento como si…” y fácil, por tanto, proponer tal opinión y dejarla circular, incluso junto a opiniones contradictorias, que si además van precedidas por “Siento como si…”, son compatibles con todos los demás puntos de vista.

La discusión del “Siento como si…” es una coba confusa y de contenido pobre, en la que lo que está en juego nunca puede ser mucho y la energía de la convicción está fuera de lugar.

Cuando el razonamiento es reemplazado por el agrado, cuando el pensamiento da paso al sentimiento, la interacción ciertamente se suaviza, pero a expensas de un contenido difícil, de estándares exigentes y de un compromiso firme. Las

formulaciones cargadas de emoción son, por tanto, enemigas del pensamiento y la acción sustanciales, pero un enemigo tan simpático, tan amistoso, que nos desarma con facilidad e impunidad. De hecho, el modo “Siento como si…” se encuentra ahora por ahí como el más razonable, el más maduro y el más civilizado de los estilos interactivos. El hecho de que ignora la necesidad del esfuerzo intelectual ha contribuido sin duda a su difusión.

Ahora, incluso los datos más difíciles, por no hablar de la interpretación de esos datos, pueden anunciarse con la fórmula “Siento como si…” Y si el “Sé que...” se usa a veces en su lugar, es la exhortación “Sé que...” del retórico – *Sé que el pueblo británico puede unirse para derrotar a este virus*. Un seudo-argumento, desde el sentimiento, desde la emoción, desde lo subjetivo.

2020, y ahora 2021, ha sido, en muchos sentidos, un año para la ciencia. Pero es una Ciencia con mayúscula. Una Ciencia cargada de emoción, con eslóganes e imágenes llenas de patetismo. Una Ciencia sentimentaloide, a la que se apela con lágrimas en los ojos y tono tembloroso. Y una Ciencia asombrosamente complaciente, capaz de abarcar en su cálido abrazo los hechos científicos más opuestos y mejor establecidos, desfilando hacia adelante alegremente y sin importarle nada, con la evidencia dando paso a aquello que se siente como correcto, y con los ensayos controlados cediendo ante esperanzas y sueños fervientemente expresados.

Cuando esta Ciencia llena de emoción llama como aliados a aquellos aspectos de la vida humana tradicionalmente más propensos al sentimiento – el bienestar de los vulnerables, por ejemplo – el modo resultante del debate está tan impregnado de contenido cargado de emoción que nubla los juicios más claros, y reformula sin esfuerzo los intentos de razonar y argumentar como poco sentimentales, sin emociones y, por lo tanto, inherentemente crueles. Es en este punto que muchos de los escépticos de los encierros gubernamentales son ahora quemados sin juicio previo en la hoguera.

Sin embargo, el texto de *Tiqqun* sobre la Chica-Joven llama nuestra atención sobre todo hacia la insensibilidad del modo cargado de emoción, que no se conmueve ni siquiera por el sufrimiento de aquellos cuyo bienestar lleva en su corazón. Las expresiones de sentimiento más empalagosas hacia los ancianos, los discapacitados, los que están solos y los enfermos, han acompañado este año al abandono más escandaloso de los ancianos, los discapacitados, los que están solos y los enfermos: ancianos expulsados de los hospitales para morir sin tratamiento en las residencias; niños discapacitados excluidos de su entorno, consumiéndose bajo una forzosa “distancia social”; los que viven solos, condenados a cadena perpetua sin una sola caricia; los enfermos a los que se deja sufrir y morir en sus casas, donde el exceso de mortalidad continúa por encima de la media. El Vulnerable sentimentalizado es tan irrelevante para las personas realmente vulnerables como la Ciencia sentimentalizada no puede conmoverse por lo que pasa de verdad en el mundo.

Pero, entre todas las realidades del año, el Virus es la que más se ha cargado de emoción; el Virus y su opuesto, la Vacuna.

El Virus ha sido lujosamente vilipendiado, como el enemigo de dentro y de fuera, contra el que debemos luchar hasta el último aliento, y cuya descripción emocional en los medios de comunicación ha tenido poca relación con su naturaleza y progreso sobre el terreno.

La Vacuna, por su parte, ha sido casi todo sentimiento. Ofreciendo una protección incierta, tanto contra la transmisión como contra la contracción de la enfermedad, representa, al menos por ahora, poco más que una ocasión para desplegar una hipérbole sentimental que se opone satisfactoriamente a la ocasionada por el Virus: alivio por nuestra salvación, lágrimas por nuestro rescate.

Pero las Lágrimas cargadas de emoción son tan vacías como todos los demás objetos de nuestras nuevas facultades emocionales; cuando Matt Hancock lloró en la televisión nacional, no se veían las lágrimas por ninguna parte. El sentimentalismo de la Chica-Joven (y Hancock es una Chica-Joven) es indiferente a las realidades: lágrimas reales, vacunas reales, vulnerabilidad real, ciencia real, e incluso la realidad de los virus respiratorios, puestos a un lado descuidadamente para no obstaculizar el fluir del sentimiento.

Tras comenzar con “Siento como si…”, el tuit de Sridhar nos dice que está mirando de seis a 12 meses en el futuro.

Con esto, ella no hace más que lo que se nos ha pedido repetidamente que hagamos este año: centrarse en el futuro, en el final del encierro, en el regreso a la normalidad, en la implantación de la vacuna; sólo tres semanas, sólo hasta el verano, sólo durante un mes, sólo hasta Semana Santa...

Y sigue y sigue, este empuje de la vida hacia delante, una zanahoria siempre a punto de ser devorada, sometiendo a las poblaciones supuestamente educadas de sociedades supuestamente avanzadas a ese aplazamiento del *mañana, mañana, mañana* con el que a menudo aplacamos las peticiones irracionales de niños mimados. Puedes tenerlo la semana que viene. El mes que viene. El año que viene. Cualquier cosa con tal de tenerlos contentos.

Este aplazamiento infantilizante de los placeres a un momento futuro, en el que seremos recompensados por nuestra paciencia, es otra característica del ciudadano como Chica-Joven de *Tiqqun*.

El aplazamiento ha sido una idea dominante durante este año de Covid: el encierro de noviembre en Inglaterra se presentó explícitamente como una forma de “ahorrar” para Navidad. Pero hace ya mucho tiempo que se ha establecido como una razón fundamental para nuestras vidas, que se posponen sin cesar: en las que la infancia se gestiona como una rápida sucesión de “hitos"; en las que el período más enérgico e inventivo, la adolescencia, se lo pasa uno secuestrado en casa, en preparación para la adultez plena; y en las que gran parte de la vida productiva está orientada hacia la jubilación, vidas en

la que las vacaciones que la puntúan son tentadores estímulos para hacernos seguir adelante. La vida vivida para un futuro que básicamente nunca llega.

De hecho, eso de que el futuro nunca llega está ahora implícito en nuestra orientación hacia él; el futuro, del que se habla cada vez más como de un tiempo en el que… ¡recordaremos el pasado! El proyecto de *producir recuerdos* ha tenido una aceptación cada vez mayor en nuestros modos de vida durante las últimas dos décadas, impulsado por los dispositivos personales que nos animan a grabar la vida para disfrutarla más tarde. Cada vez más, nos involucramos en los eventos del presente en aras de un futuro en el que esos eventos serán recordados, en el que esos eventos *habrán sido*.

Esta entrada a hurtadillas del tiempo del Futuro Perfecto completa el vaciado de la vida implicado desde hace tiempo en nuestra mirada al futuro, al aceptar implícitamente que el futuro también estará vacío y que consistirá en poco más que el recuerdo de un pasado que en realidad nunca tuvo lugar más que como preparación para el futuro. La vida, caída entre el pasado, el presente y el futuro, y nunca de veras vivida.

Los niños, por supuesto, tienen toda la vida por delante. Posponer sus demandas hacia el futuro no es inapropiado. Pero cuanto más vivimos, cuanta menos vida tenemos por delante, más grotesco se vuelve este aplazamiento. Un anuncio de radio de una empresa que vende casas a jubilados aquí en el Reino Unido alienta a sus posibles clientes a comprar una de

sus casas y comenzar a *crear recuerdos*. ¿Para *cuándo*? No le queda a uno mucho futuro cuando se jubila, pero el hábito de toda una vida de aplazar no se puede romper fácilmente.

Esta orientación infantil hacia el futuro, incluso al final de nuestras vidas, puede ayudarnos a explicar lo que este año se ha revelado como nuestra notable reticencia a contemplar nuestra inevitable desaparición. Ha habido un exceso de mortalidad este año, claro que sí; sin embargo, una vez calibrado por edad y tamaño de la población, no es mayor que el exceso de mortalidad de 2008. Pero no nos bombardearon con cifras de mortalidad durante 2008. No se nos pidió un día tras otro que dijéramos el número de los que habían muerto. Y eso es todo lo que se ha necesitado para inculcar una histeria de negación del hecho de la muerte en una población para la que el sentido de la vida se ha alojado durante mucho tiempo en el futuro.

El que ese futuro en realidad nunca llegue se nos ha hecho menos duro a través de estrategias de aplazamiento que se han vuelto cada vez más numerosas y más elaboradas. Presentar nuestro futuro como potencialmente inexistente, amenazado por la muerte de Covid, ha sacudido todo el Esquema Ponzi desde sus cimientos.

Este año, el gobierno alemán produjo una corto de propaganda para sus políticas de supresión de Covid. En él, un anciano, presumiblemente en un futuro dentro de 60 años más o menos, mira afectuosamente hacia atrás, hacia los agridulces esfuerzos del todos-juntos-en-esto del año 2020. Una descripción perfecta de nuestro presente como si fuera tan sólo un

apuntalamiento para el futuro, y de nuestro futuro como un simple recordar el pasado. Este giro de ciento ochenta grados de pasado, presente y futuro abre un espacio inmenso y vacío, un espacio donde debería haber estado la vida, ahora terreno fértil para la implantación de cualquier narrativa que se elabore con voz estridente y frases sencillas.

Actualmente estamos viviendo una no-vida – está llena, en la base, de mucho miedo y odio – por el bien de un futuro sin ningún contenido aparte de su recuerdo afectuoso y falso de que sacrificamos noblemente la vida por el futuro.

La edad promedio de muerte por Covid en Inglaterra y Gales es más de 82 años. Mayor que la esperanza media de vida. A esta edad, seamos francos, uno o no tiene futuro, o no tiene mucho. Pero nuestro hábito infantil de vivir para el futuro como si toda nuestra vida estuviera por delante no se puede romper ni siquiera a los 82 años. Por lo tanto, seguimos diciendo *mañana, mañana, mañana*, hasta el mismo día en que ese mañana ya no llega.

Tras revelar su orientación hacia el futuro, el tuit de Devi Sridhar declara su determinación de esbozar “cómo podrían evolucionar las cosas (del mejor al peor de los casos) para que trabajemos hacia el mejor de los casos”.

Según el texto de *Tiqqun*, la condición cargada de emoción e infantilizada del ciudadano como Chica-Joven se ve agravada por su radical relativización.

Todo lo que la Chica-Joven piensa, dice y hace se mide según un estándar que tiene en cuenta todos los puntos de vista y valores posibles, de tal modo que todo lo que la Chica-Joven piensa, dice y hace se aproxima a un ideal de total vacuidad.

Sólo sirven los pensamientos más vacíos, las declaraciones más inclusivas, las acciones más cosmopolitas. Los absolutos de las formas de vida establecidas han desaparecido; todo lo que había sido inimaginable debe admitirse ahora como posible. Todo encima de la mesa. Todo en juego. Se tienen en cuenta todas las opciones.

Incluso por estas fechas del año pasado, hasta la prensa mayoritaria británica informaba sobre los encierros impuestos por el gobierno chino para contener la propagación del virus Covid con una fascinación, una especie de asombro, que se entienden retrospectivamente como una inocencia perdida. Incluso por estas fechas del año pasado, la perspectiva de encerrar al Reino Unido era simplemente inconcebible, el tipo de cosas que llevan a cabo regímenes autoritarios cuyas prácticas y principios nadie soñaba ni por un momento que pudieran ser nuestros. Incluso el comité asesor del gobierno, SAGE, incluso ese infame miembro de SAGE, Neil Ferguson, no imaginaba que los encierros fueran una opción. Los encierros no estaban encima de la mesa, eran algo con lo que uno, en el Reino Unido, simplemente no podía "salirse con la suya".

Pero, como advertía el artículo de *Tiqqun*, las poblaciones de las democracias occidentales se han acostumbrado gradualmente a renegar de sus absolutos. Después de varias décadas de asalto por parte de la intelectualidad liberal, durante las cuales muchas de sus categorías culturales fundamentales habían sido arrancadas de raíz, expuestas al aire y vistas como deficientes – incluso categorías tan básicas y constitutivas como "hombres" y "mujeres" – estas poblaciones perdieron su punto de apoyo en sus propias culturas y se mostraron dispuestas a renunciar a las cosas fundamentales que

quedaban: la libertad de viajar, el derecho a protestar, las celebraciones navideñas... uno por uno, durante 2020, los vestigios restantes de nuestras formas de vida perdieron sus privilegios especiales y fueron puestos encima de la mesa, disponibles para el juego. El fin de la necesidad absoluta; el advenimiento de la importancia relativa.

El argumento ha sido, por supuesto, que es necesario tener en cuenta todas las opciones para elegir la "mejor". Pero tener en cuenta todas las opciones es precisamente la relativización que preocupaba al texto de *Tiqqun*. En lugar de ser la franqueza razonable e incuestionable que se anuncia, el tener en cuenta todas las opciones altera irreversiblemente los horizontes de nuestros juicios y de nuestras vidas.

Una vez se consideró esa opción del encierro, cuando nuestro derecho a dejar nuestros propios hogares dejó de ser absoluto y se reformuló como sólo relativamente importante, todas las demás opciones que estaban encima de la mesa se volvieron diferentes. Brindar apoyo a las personas con síntomas y a los más vulnerables a la enfermedad se convirtió de inmediato en brindar apoyo "sólo" a las personas con síntomas y a los más vulnerables a la enfermedad.

Con todo a tener en cuenta, con todo encima la mesa, sólo los aspectos prácticos actúan como suspensión de lo posible. Y una vez que una sociedad ha cedido sus valores absolutos a lo práctico, esa sociedad es una tecnocracia, con límites impuestos no por imposibilidades éticas sino sólo técnicas; y éstas son, en su mayoría, sólo temporales.

Para que exista una forma de vida – cualquiera que sea su composición – muchas, muchísimas cosas tiene que ser imposibles. Porque una forma de vida es un sistema cerrado, un todo definido. Puede alterarse un poco en sus márgenes. Puede cambiar algunas de sus formas, a menudo muy lentamente y después de mucho debate. Pero sus horizontes de posibilidad, de los que quienes la viven derivan el significado de su existencia, se basan esencialmente en su cerrazón, en los muchos principios y prácticas que simplemente no puede contemplar.

Las medidas que los gobiernos han tomado durante este último año, en principio para reducir la propagación del COVID-19, han culminado el proceso de relativización que durante muchos años ha ido erosionando nuestras culturas y ha desterrado, posiblemente sin vuelta atrás, nuestras formas de vida.

“Esto es salud pública”: así lo declara el tuit de Devi Sridhar, como si todo lo demás tuviera inevitablemente que ceder terreno a eso y todas nuestras objeciones fueran desarmadas.

Lo que 2020 ha demostrado es que la Salud Pública será el tema de nuestro nuevo sometimiento, completando la tendencia que *Tiqqun* describió hace más de 20 años. Por el bien de la Salud Pública, las sociedades hasta ahora democráticas deberán rehacerse por completo en conjuntos laxos de Chicas-Jóvenes, cuya infantilización, carga de emoción y relativización las hacen propensas a las estrategias intrusivas de control generadas por la convergencia de intereses gubernamentales y corporativos que constituyó la crisis de Covid del año pasado.

Salud Pública: un fenómeno enteramente abstracto, muy por encima de nuestras cabezas y seguramente indiferente a todos nuestros cuerpos.

Una última característica definitoria de la Chica-Joven, tal y como la registra *Tiqqun*, es una hostilidad intransigente hacia su cuerpo. Sentido como el gran traidor de los estándares de perfección de Instagram, y como atacante silencioso de las expectativas implícitas de inmortalidad, el cuerpo de la Chica-Joven debe ser desmantelado, sometido, gestionado, mejorado, y controlado.

Por el bien de la Salud Pública, se nos pide ahora que encerremos nuestros cuerpos, que nos mantengamos alejados de nuestros cuerpos, que cubramos nuestros cuerpos con máscaras, guantes y delantales, que controlemos la temperatura de nuestros cuerpos, que midamos la carga viral de nuestros cuerpos, y, por último, que alteremos nuestros cuerpos al nivel de su estructura básica en un experimento médico en vivo y masivo como nunca se ha visto en la historia de la humanidad.

En su entrevista de *Newsnight*, tras la cual publicó su tuit, Sridhar habló del próximo desafío, de adelantarnos a las mutaciones del virus reinventando rápidamente las vacunas de ARNm y "poniéndolas en los brazos" lo más rápido posible.

¿Poniéndolas en los brazos? ¿Es así como debería hablar uno de los guardianes de la Salud Pública de nuestros cuerpos humanos? ¿Como si no fueran más que constelaciones corruptas de partes de un cuerpo, meros puertos para la inserción de productos farmacéuticos?

Este desprecio brusco revela hasta qué punto la causa de la Salud Pública es ahora un anatema para nuestros derechos y libertades básicos, muchos de los cuales se basan en la soberanía personal que, de manera tranquilizadora, parece derivarse de los contornos que definen nuestros cuerpos.

Los sentimientos hermosos, la dependencia infantil y el relativismo inclusivo del ciudadano reformateado como Chica-Joven presagia un desmembramiento de nuestras vidas corporales que es al menos tan deshumanizante, en su reducción de cada uno de nosotros a nuestros *brazos*, como lo fue la ardua labor industrial impuesta a lo que solíamos describir antaño como *manos*.

Pero lo peor del tuit se quedó para el final, con la pizpireta concesión de que la preocupación por la Salud Pública “no es lo más divertido de las fiestas que yo conozca".

Vale la pena parar mientes por un momento en lo que esto implica: que debe reconocerse que quienes dedican su tiempo al servicio de la Salud Pública están sacrificando lo que el resto de nosotros disfrutamos (¿alguien se ha “divertido en fiestas” últimamente?); y que la alternativa al énfasis en de la Salud Pública (vivir en el presente, repensar las cosas, aferrarse a los valores básicos) tiene toda la sustancia y el mérito de “la diversión en una fiesta”.

Cuando permitimos que pase sin ser contestado siquiera una vez, este rechazo de pasada de todo lo que ahora se espera que se rinda a Salud Pública como “la diversión en una fiesta”, perdemos esta pelea. Cuando todo lo que nos han quitado –

las amistades, la familia, las fiestas, la educación, el cuidado, el roce de unas manos humanas – cuando todo esto puede resumirse como “la diversión en una fiesta”, perdemos esta pelea. Cuando todo lo que se nos ha impuesto – la ansiedad, la depresión, el abuso, la miseria, el hambre, la enfermedad y, sí, la muerte – se blanquea como “la diversión en una fiesta”, perdemos esta lucha.

Quienes este año han adorado en el altar de la Salud Pública no lo han hecho a costa de “la diversión en una fiesta”, a pesar de todas las imágenes de juerguistas jóvenes y alegres que han colgado como etiqueta válida para cualquier crítica a su empresa. Lo han hecho, y continúan haciéndolo, a costa de lo que hace que la vida tenga sentido y, para muchos, a expensas de lo que hace que la vida pueda vivirse. Que esta gente señale tan descuidadamente hacia la escena de su destrucción, descartándola como “diversión en una fiesta”, es ofensivo y grotesco, y no lo es menos por estar envuelto en los tonos suaves, protectores e inclusivos de la Chica-Joven.

Durante las últimas semanas, los escépticos de los encierros gubernamentales hemos renegado un poco de nuestra justa indignación; nuestra energía, nuestra firmeza, incluso nuestra ligereza y humor, han disminuido un poco. Desde Navidades hemos sido objeto de un ataque renovado, y este ataque, al menos en parte, parecía razonable y calmado. Pero no nos dejemos desarmar por el tipo de sensatez de la Chica-Joven, el sentimiento amable, las fervientes esperanzas en el futuro, la valiente cruzada por tener en cuenta todas las opciones. Y, sobre todo, no caigamos en la tentación de reproducirlo.

Debemos seguir pensando, y no inclinarnos ante los sentimientos. Debemos recuperar el presente y no dejar que nos pospongan hasta Semana Santa. Y debemos recordar que algunas cosas no se ponen nunca sobre la mesa.

La Dra. Sinead Murphy es profesora de filosofía en la Universidad de Newcastle.